

cia de los Obispos segovianos, por lo general rebeldes y belicosos, varios de los cuales allí fallecieron. Merecen especial mención dos de ellos: don Lope de Barrientos y don Juan de Arias Dávila; aquél, enemigo irreconciliable del privado de Enrique IV, don Juan de Pacheco, Marqués de Villena, por lo que hubo de convocar en Turégano el sínodo diocesano de 3 de mayo de 1440, y el segundo, también rotundamente opuesto al omnímodo poder del otro privado de dicho Monarca, don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque.

Arias Dávila, perteneciente a la noble familia de los Puzonrosto, era el arquetipo del Prelado renacentista, que en Italia amistó con los Borgia y hubo de manifestar ese antagonismo a la privanza de don Beltrán, llegando a defender con obstinación, tras la segunda batalla de Olmedo, los que creía indudables derechos de Isabel *la Católica* a ocupar el trono de Castilla. «Juntamente con el Obispo—escribe un cronista contemporáneo—compartían el disgusto que reinaba en Castilla otros muchos nobles, entre los que figuraban el Prelado de Toledo y el Marqués de Villena, los que, después de la batalla de Olmedo, se retiraron a sus posesiones y dominios para conspirar contra el favorito y la Reina doña Juana de Portugal, tratando por todos los medios de que Enrique IV reconociese como heredera para sucederle en el trono a su hermana doña Isabel, casada con el hijo del Monarca aragonés don Fernando, desheredando a la Infanta doña Juana, lo cual proclamaba su deshonor al formular la cédula de desheredamiento, que era a lo que principalmente aspiraban los nobles confabulados. El principal instigador de tales intrigas y maquinaciones era, como hemos dicho, don Juan de Arias Dávila, y como el Rey lo supiese, por consejo del Duque de Alburquerque, don Beltrán de la Cueva, ordenó a dos capitanes mensajeros que llevasen al Prelado rebelde la orden de comparecencia en la Corte, y la de que, si se resistía, se le hiciese prisionero en la misma fortaleza de Turégano, que pasaría a dominio real. Hallábase don Juan de Arias Dávila con el Infante don Fernando de Aragón cuando llegaron los mensajeros del Rey que querían hablar con el Obispo; éste les hizo aguardar muy largo espacio de tiempo y le dijo al Infante: «Para que vea vuestra alteza mi adhesión en favor de la causa que sostengo, retirese a la habitación inmediata y oiga cómo recibo a los enviados del Monarca.» Lo hizo así el Infante, y el Obispo mandó que le presentaran los capitanes; uno de ellos le dijo que el Rey deseaba que, deponiendo rencores, volviera a Segovia a residir allí, ocupando los más altos puestos, como le correspondía por su categoría y méritos. «Decid al Rey,